

áfrica y yo ¿y tú?

* Albert Tarradellas

· RELATOS DE VIDA ·

Me han pedido que escriba unas líneas sobre África y lo hago desde mi militancia en una ONG reconocida como "seria", convencida que trabaja por un mundo de mayor justicia y sobre todo para una vida digna de sus habitantes. Pero sobre todo lo hago desde mi pertenencia a la CVX, la de mi barrio, en mi ciudad. Es muy probable que si hace cerca de 25 años, en el seno de nuestra comunidad cristiana, no me hubiera planteado con Elena, mi compañera, el qué hacer con nuestras vidas, ahora no podría estar escribiendo este artículo. Es, por tanto, desde el convencimiento de que vale la pena trabajar y luchar por un mundo diferente, que voy a ver si puedo explicar y transmitir de forma breve lo que me viene a la mente cuando pienso en África.

África es, sobre todo, el conjunto de sus gentes, las personas, su cultura, sus cantos alegres, su dignidad, las voces de idiomas que desconoces, su tradición, su gran diversidad, su riqueza social. Además, cómo no, su paisaje apasionante y maravilloso. Esto es lo que he tenido oportunidad de conocer un poco en los últimos años en que, por motivos profesionales, he tenido que viajar y he podido ver, escuchar y sentir. Por eso cuando pienso en África me vienen a la mente sobre todo personas, rostros, miradas, ilusiones, y esperanzas.

Pero junto a esta África que enamora y que tengo la fortuna de conocer un poco de cerca, percibo aquí, en nuestra sociedad del "norte", un desconocimiento casi completo de la realidad, una soberbia, hija de la etapa colonial, y una desfachatez por el hecho de pensar que ya se sabe cómo es. A la cultura occidental le ha interesado África por lo exótico, por el morbo de lo "salvaje" (léase, no occidental), por sus riquezas minerales, etc. Pero todo esto es pura anécdota frente a la realidad cotidiana de un entorno sociocultural fascinante y muy rico, y seguramente sus rasgos sociales tan diferentes de la cultura occidental es lo que hacen que África sea altamente atractiva e interesante.

Estos días miramos con más intensidad hacia el Sur porque las imágenes y los testimonios de los que intentan llegar hasta nuestro país, en patera o desde la valla de Melilla, nos tocan el alma y la conciencia. Nos hacen pensar con más fuerza en las realidades tan diferentes que vive cada sociedad. El tema central de su existencia es vivir hoy, *sobrevivir*. Y como por intentarlo no se pierde nada, muchos se juegan la vida por esta tierra –la nuestra– de abundancia y oportunidades. Cualquier cosa será mejor que lo que están viviendo. Nuestra sociedad ya no es opaca, como hace unos años, a la mirada de los más pobres. Se hablaba en los medios del "efecto llamada" cuando se tramitaron unos cuantos permisos de trabajo en España. Pero no era verdad. El "efecto llamada" es nuestro modo de vida en compa-

ración al suyo. Hoy en día, desde prácticamente cualquier punto del planeta, se puede ver televisión y lo que se ve es tan deslumbrante (a menudo un espejismo) respecto a la realidad cotidiana de muchos y muchas que lo de intentar llegar a este "paraíso" parece lo más evidente.

Una voz por dentro nos dice: *"Tendríamos que hacer algo. Esto no puede seguir así"*. Y ciertamente no puede seguir así, aunque la situación no es muy diferente a la de hace un mes, a la de hace seis meses, a la de hace un año, a la de hace cinco años... Decimos —o bien oímos decir— que el problema es tan grande y nos desborda tanto que lo único que se nos ocurre es reclamar a quien corresponda: la "cuestión" no puede seguir de esta manera. Se ha de hacer algo; *"ellos"* han de hacer algo... Y seguramente "ellos", los políticos, las autoridades, los organismos internacionales, algunas ONGs hacen lo que aparentemente está en su mano hacer. Pero ¿es esto suficiente? ¿Conseguiremos con nuestra presión social "doblar" los presupuestos de solidaridad? Tal vez se anunciará por todo lo alto que se ha puesto la primera piedra para un futuro mejor en África.

De todas formas, los incidentes aún recientes en París y sus alrededores nos hablan de lo mismo. Tal vez desde una perspectiva más europea, de gente más "integrada", pero en el fondo que se sienten tan injustamente tratados o considerados como los que intentan saltar la valla.

Hace pocos días leía en la prensa un artículo sobre un joven de Monrovia (capital de Liberia, el lugar del país con más oportunidades para los jóvenes) que tenía una carretilla. Y cuando el periodista le había preguntado por su ocupación y su futuro él muy orgulloso había contestado: *"Carretilla"*. Como diciendo: *"Hombre, ¿pero que no lo ves? Yo aquí tengo mi oportunidad, mi esperanza de un mañana diferente, mejor."* El muchacho había conseguido ser propietario de una de las carretillas que durante la —todavía humeante— guerra se utilizaban para transportar a muertos y heridos de un lugar para otro. Ahora, tener en Monrovia una carretilla permite realizar transportes de un cierto volumen y obtener, en un día de fortuna, unos ingresos de cerca de cinco dólares, lo cual es una suerte en un entorno donde la media no pasa del dólar diario. Ya habréis oído hablar de estas estadísticas que, por ser tan escandalosas y lejanas, ya casi no nos resuenan.

Hace un par de años apoyábamos —en Marrupa, provincia de Niassa en el norte de Mozambique—, la construcción de unas carreteras cuyo fin último era la mejora de la comercialización en la zona. Para ello quisimos que el Ministerio de Obras Públicas local participase activamente, al menos haciendo un seguimiento técnico de los trabajos. Pues bien, a pesar de tener que pagar la gasolina de la moto al ingeniero para que fuera a visitar las obras, aquel era el hombre más feliz de la zona, pues por fin sentía que se estaban haciendo cosas en su región y él participaba. Cito este caso para derribar ese tópico malintencionado que muchas veces suena a excusa de que poco se puede hacer pues "son indolentes y sin educación".



Ayudar y apoyar desde diversos ámbitos, con mayor o menor grado de profesionalidad es lo que muchas veces ya hacemos. Se atienden lo mejor posible anhelos y esperanzas, proyectos e ilusiones; se va avanzando de forma puntual, a veces con más buena voluntad que efectividad. Se necesitarían unos buenos planes de desarrollo local y un trabajo altamente coordinado entre todos los organismos y entidades dispuestos a trabajar, en este caso en el contexto africano. Lo cual nunca es fácil ni sencillo. No vale tampoco la excusa de que las autoridades e instituciones públicas de estos países son corruptas e insolidarias. Seguramente no lo son más que aquí. Existen, en muchos ámbitos de la sociedad africana (como el caso que os acabo de relatar), muchas personas y colectivos con ganas y esperanza de construir y estar orgullosos de su propia África.

Sin embargo, tomando un poco de perspectiva creo que podemos afirmar que, aunque todo esto está bien y es ciertamente necesario, no es —en absoluto— suficiente. Se necesitan más recursos, muchos y variados. Alcanzar el objetivo del 0,7% parece que es la meta soñada... Y si realmente lo consiguiéramos ¿ya estaría resuelto el tema? Muy sinceramente creo que no, pues las diferencias entre el contexto "de la carretilla" y

el nuestro es tan abismal (y cada día más) que la solución no puede estar sólo en una cuestión de más o menos recursos. ¿Qué está faltando?

Sentirnos más cerca, ponernos en su piel, acercarnos a su realidad; bajo ningún pretexto, olvidarlos o mirar hacia otro lado.

Desde la perspectiva cristiana la propuesta provocadora de Jesús y de su Evangelio rompe esquemas y deja bastante de lado los números que muchas veces nos guían en nuestra actuación. Jesús me pide, te pide, nos pide que —como él en la eucaristía— com-partamos, nos demos, nos miremos a los ojos, nos comprendamos, nos ayudemos, nos queramos. Eso va mucho más allá de la solidaridad con los de África o con los del Sudeste Asiático. ¿Es que a tu padre o a tu hermano, si te pidiera ayuda, le discutirías si le das el 0,7 o el 1% de todo lo que tienes? Suena ridículo planteado así..., ¿verdad? Jesús me está pidiendo que cambie radicalmente de actitud, de manera de vivir, de manera de consumir, de hábitos de compartir.

Desde la perspectiva cristiana, la propuesta provocadora de Jesús y de su Evangelio rompe esquemas

Jesús me pide, te pide, nos pide que —como él en la eucaristía— com-partamos, nos demos, nos miremos a los ojos

Algunas veces en charlas y conferencias —principalmente a jóvenes— sobre el tema de la pobreza y del hambre, me han acabado preguntando: "*Y nosotros, ¿qué podemos hacer, desde nuestra pequeñez?*" Casi siempre contesto con un tópico, pero que —por serlo— no deja de ser totalmente válido. "*No dejéis nunca comida en el plato*". Porque al hacerlo estamos despreciando la situación de miles de personas que no tienen la oportunidad que tenemos nosotros; y al hacer el esfuerzo de acabarme lo que tengo delante, tomo conciencia y tengo presente a todas las personas que no pueden tener un plato de comida como el mío. Es un pequeño ejercicio de sensibilización que nos hace estar a diario alertas y atentos a los demás. Y aún puedes hacer algo más: "*Cuestiona, si es posible, al que junto a ti lo hace*", no con actitud de juzgar y condenar a la persona, pero sí con firmeza hacia el hecho mismo de dejar comida en el plato. Comida que después va la basura... cuando hay personas que cada día mueren de hambre.

En el último número de "*Promotio Iustitiae*", la revista del Secretariado para la Justicia Social de la Compañía de Jesús, un artículo escrito por un jesuita ugandés decía algo que me ha gustado y está en la línea del párrafo anterior, en el sentido de tomar conciencia permanentemente. Hablaba de cómo afrontar la lucha para aliviar la pobreza: "*Mi respuesta a una información, hoy en día, es preguntar cómo afecta a los pobres, qué implica respecto a sus necesidades básicas; a esto sigue la indagación de lo que he hecho yo por los excluidos: si están presentes en mis momentos de reflexión, si mis clases y mi docencia (mi actividad laboral) dan a la justicia global la más alta prioridad*". Me parece que es un planteamiento muy cotidiano, muy realista, posible, cercano en la mirada y sincero en la intención.

Los cambios han de empezar por nosotros mismos, en mi interior, en tu interior. Hemos de aprender y querer mirar la realidad con los "anteojos" de Dios, mirando a las personas y a sus vidas, vivan en la pobreza o no. Sólo así la situación que viven cotidianamente millones de personas en África, o donde sea, comenzará a dejar de ser una cuestión ajena a nosotros y podremos pensar en la realidad que les toca vivir como algo también nuestro.

* **Albert Tarradellas Bertrán** (Barcelona, 1957). Miembro de la comunidad de jóvenes (en aquel tiempo) de **Sagrada Familia** desde 1977 y miembro consciente de CVX desde 1988. Arquitecto de profesión, trabaja en Intermón Oxfam desde 1989, durante 15 años en el Departamento de Cooperación y de ahí su conocimiento de África, y en la actualidad en el área de finanzas. Colabora activamente en la parroquia del barrio de la Sagrada Familia, donde vive, y junto con su esposa, Elena, trabajan en la formación y acompañamiento de parejas que se quieren casar por la Iglesia. Tienen 3 hijos, de 19, 17 y 10 años. La mayor, Irene, nació en Uruguay, país de misión en sus tres primeros años de casados.